

parcialidad ha sido el único guía de mi pluma. Yo no vengo á quemar incienso en ningún altar.

Por otra parte, el que yo sea el escritor y el Gallo el *escribio* es una ventaja inmensa para los «hagiógrafos» y los «hagiografiados» que vengan detrás.

Toreaban una tarde en Madrid *Currito*, Angel Pastor y no recuerdo quién más. *Curro* estuvo horroroso en el primer toro y le adjudicaron una de las broncas mayores con que le obsequiaron en su vida. Calcula tú.

Cuando llegó á los estoques á dejar las armas, Angel Pastor le dijo, compasivo y contrariado:

—Mal empieza esto, señor *Curro*.

—Pa ti bien.

—¿Por qué?

—Porque ya te los he dejao roncos.

A eso vengo yo. A dejarlos roncos á ustedes.

## HISTORIA

# EL HÉROE Y SU GENTE

La parentela.—Por poquito, nieto del «Chiclanero».—  
«Espantero» y «Guerrita» viendo torear al señor  
Fernando el «Gallo».—La herencia paterna.—  
Señá «Grabiela».—La casa de todos.—San Mar-  
tín y «Gallito».—Retamar y los otros.—¿Usted  
quién es?—El banderillero de confianza.—Mejía,  
el «Gallo» y don Juan.

*Gallito* nació torero.

«Por parte de madre» está emparentado con el  
*Lavi*, *Lillo*, *Barrambi*, el banderillero de Cúchares;  
*Paco de Oro*, *Ponce*, el *Marinero*, *Rebujina*, *Agua-  
limpia*, *Loco* y *Poloco*. No miremos la calidad, sino  
el hecho genealógico.

—Hasta mi abuela—me ha dicho Rafael—le habló  
tres años á José Redondo.

Nada, que á poco más sale Rafael nieto del *Chi-  
clanero*.

Pues por la línea paterna es sobrino carnal del  
verdadero *Gallito*, José Gómez, banderillero de *La-  
gartijo* durante diez y ocho años, y es todavía pa-  
riente más cercano del otro *Gallo*, el señor Fernan-  
do Gómez, un don Nadie á quien se le ha rendido en  
la misma plaza de toros un homenaje de admiración  
como jamás se tributó á ningún torero.

Fué ello que toreando en un circo manchego, creo que el de Valdepeñas, con *Espartero* y *Guerrita*, al salir un toro, el cordobés le dijo á Maoliyo, el valiente, llevándose al estribo:

—Siéntate, que vamos á ver torear.

El maestro hizo un alarde soberano de su arte. Cada lance de capa fué una explosión de entusiasmo; cada quite, una locura; la faena de muleta, el delirio. Toda la plaza presenció en pie la lidia de este toro, aclamando, frenética, al enorme artista. Sólo permanecieron sentados, siguiendo la magistral labor con los ojos muy abiertos y mudos de interés y emoción dos espectadores, Manuel García y Rafael Guerra.

—¡Es mucho torero!—exclamaron cuando pudieron hablar.

Pues de este gran torero, que lo fué en los tiempos difíciles del coloso de Rodas, *Lagartijo*, y de Hércules *Frascuelo*, es hijo Rafaelito Gómez Ortega, que nació, no me he cuidado de averiguar el día del año 1882, cosa de que fácilmente puedes enterarte en cualquiera de esos libros de minuciosidades, que yo admiro mucho por la paciencia que revelan, en donde las fechas se cuentan por segundos y se miden las estocadas por milímetros y á cuya clase no pertenece éste; libros de indiscutible utilidad para los historiadores futuros y los aficionados discutidores de ahora. Lo que sí sé, porque lo saben todos, es que Rafael es madrileño, nacido en el mesocrático distrito del Congreso. Y digo yo, señores que negáis el agua, el fuego y la sal á este gran torero, que algo tendrá *Gallito* cuando acá los madrileños hacemos constar que es nuestro, y allá los sevillanos lo tienen y lo disputan por suyo también.

De su padre, Fernando Gómez, ha heredado el

*Gallo* el arte y las desigualdades, y si ustedes quieren que llamemos á las cosas por su nombre, como debe hacerse en un libro de verdades, esa mezcla extraña de valor y miedo, que tan pronto le hace tirarse de cabeza al callejón como, al volver á la arena, le lleva á meterse en los pitones.

Lo que no ha heredado Rafael es la gracia de conversador de su padre. Sin duda éste, teniendo en cuenta que con la gracia sola no se come, aunque haya hombres que vivan de ser chistosos alguna temporada, la consideró incluida en el tercio de libre disposición y no quiso dejársela al mayorazgo.

Lo demás todo. Rafael habla admirablemente de toros, como su padre, lo cual no es frecuente, ni mucho menos, entre los toreros. Como que los hay que no quieren que se saque esta conversación y hacen mutis en cuanto oyen nombrar un cornúpeto, aunque sea del escalafón de bueyes carreteros.

De torear, no digamos. Fernando dejó á su hijo un caudal enorme de arte y ciencia. Y todavía quedaron bienes pingües con que formar la opulenta hijuela de su chico menor, Joselito, que empieza ahora á triunfar y lucir con más brillo que cien estrellas.

El *Gallo* padre tuvo pasión por su mujer, y Rafael tiene adoración por su madre. Fernando la entregaba cuanto dinero ganaba.

—Toma *Grabiela*—la decía siempre—. Pa que te diviertas.

El hijo hace lo mismo... salvo algunos naturales descuentos, y la seña *Grabiela* dispone, administra y rige la casa, y su hijo es feliz con ello.

—Mi padre la acostumbro á ser el ama y yo quiero que siga así. Es mi obligación:

Y como en tiempos de Fernando Gómez, aquella

casa continúa siendo, cuando lo hay, que no siempre lo ha habido, el paño de lágrimas, la tahona, la sastrería y el Banco de parientes y amigos necesitados. Todas las mañanas y todas las tardes es aquello una romería de gente que va á pedir.

—¡Señá *Grabiela*, que los churumbeles!...

—¡Señá *Grabiela*, que esa está con los dolores!...

—¡Señá *Grabiela* e mi arma, que ya ha parío, y dos de una, pa no jasé esperá al otro probe que iba á veni el año que viene!...

—*Grabiela* que la ropa; *Grabiela* que el casero...

Todos van buscando y todos encuentran allí lo que necesitan, y mientras lo hay, hay para todos. Y cuando no, San Martín tiene en esta casa sus mejores discípulos.

—Mamá, ¿y er vestío nuevo que traje de Madrid?—preguntaba Rafael en cierta ocasión.

—Pos mira, hijo: ha venío esta mañana Joselillo er Cachetes muertesito é nesesiá y arresiito de frío, y como no había dinero en casa, le he dao tu vestío pa que se arregle.

Y por eso, y por los otros agujeritos que tiene Rafael en las manos, no posee, ni está en camino de poseer cortijos, ni casas, ni papel del tres, del cuatro ó del quinientos, ni tiene á la hora de ahora más bienes que las jacas con cresta y espolones de su gallera, y otras dos jacas andaluzas de cuatro patas, pelo castaño y buena sangre, para enganchar á un coche muy gracioso, en el que, para que suba ó baje alguien, se ven obligados los ocupantes á hacer una de posturitas que hasta las piedras de la calle se ríen.

¡Ah! También ha heredado Rafael de su padre una cosa de inapreciable valor: la amistad de Retamar, un amigo fiel de Fernando—su mejor amigo—, que ha seguido siéndolo de su hijo. Tan bueno

y tan leal que, cuando ha venido la mala, mala, y todos, como ocurre en tales casos, han huído, Retamar ha sido el único que ha quedado. Por respeto á la memoria de su padre, que lo quería mucho, y por cariño y gratitud á su lealtad, Rafael lo conserva á su lado y en su casa de amigo y consejero. Por estas páginas adelante nos iremos encontrando á este viejecillo pequeño, avellanado, vivo y gracioso, que viene á ser así como el mayordomo mayor é intendente general en los casos de apuro de la casa, estados y persona de Rafael Gómez (*Gallito*).

Además, *Gallito* es pintoresco, no sólo por sí, sino por la gente que le rodea: Retamar; *Blanquito*, el maravilloso *Blanquito*, que usa mil rodeos y se pone misterioso para decir al oído las cosas más sencillas y naturales; Joselillo Alá, el *Niño del Buzo*, su mozo de estoques, que echa las cuentas dactilográficamente, como el personaje de la conocida zarzuela, y en los comienzos de su profesión táurico-administrativa, para no equivocarse y hasta que aprendió á distinguirlos por «la colón», clasificaba los billetes en el archivo de sus dedos: los de veinticinco en el pulgar y «er lindise»; los de cincuenta, «al lao, entre er deo der corasón y el otro», y los de ciento, sujetos por «er deo de las sortijas»; el otro mozo de *espás*, casi jubilado, el alegre Andresillo el del Lunar; el famoso *Llavero*...

Este *Llavero*, marido de la costurera de casa de Rafael, tan empeñado en meterse á torero á las cuarenta y tantas primaveras de su vida, que no dejaba á sol ni á sombra á *Gallito*, á sus amigos y parientes, y á los parientes y los amigos de los amigos y los parientes de Rafael, para que éste lo sacase de banderillero. Ya se sabe cómo se ponen de pesados los hombres cuando les pica esta tarántula. Por

fin, tanto y tanto hizo, que *Gallito* se prestó «á sacarlo» en Málaga un día de esta temporada. Mas por lo que pudiera tronar, hizo que saliese antes á cala con su hermano Fernando, en una novillada que éste toreó el domingo anterior al señalado, para que el *Llavero* hiciese su triunfal salida en la cuadrilla de Rafael.

No quieran ustedes saber. Cuando *Gallito* se bajó del tren, en Málaga, cinco días después de aquel festejo, encontré con que no se hablaba de otra cosa que del *Llavero*, ni se pensaba en más torero que él para la corrida del otro día.

Conque Rafael lo cogió bonitamente, se lo llevó á la estación y lo facturó para Sevilla, con encargo á la pareja de la Guardia civil de no dejarle bajar para nada en ninguna estación hasta estar á la vista de la Giralda.

Pocos días después, encontrándose el *Llavero* en casa de *Gallito*, como el íntimo amigo de éste don Federico González Izquierdo le preguntase por sus circunstancias, nuestro hombre contestó esponjándose:

—¿Qué quién soy yo? ¿Yo?... ¡Je! ¡je!... Nadie... ¿Que si yo toreo todavía, eh?...—dejando caer con desdeñosa altivez las palabras sílaba á sílaba—. Yo soy el banderillero de confianza de Rafael.

—¿Usted?

—Yo; sí, señor. Ya vusté, cuando aquí no quea nadie y él se va á toreá, me deja á mí al cuidao de la casa...

Cuando voy por aquí se me figura oír la voz de señó Fernando, aquella tarde que se quedó ronco de gritar á Juan Antonio Mejía para que se fuese de un toro al que estaba hinchándose de capotear, mientras esperaba impaciente el *Gallo* armado de muleta y estoque:



"Gallito", su madre, sus hermanas Trini y Lola, y su hermano Joselito (Gallito IV), en el patio de su casa  
(Fot. Dubois, Sevilla.)

—¡Mejía, basta ya!... ¡Bueno está, Mejía!... ¡¡Mejía, déjalo!!... ¡¡Mejía, quieto!!... ¡¡Mejía, vete!!..... ¡¡¡Mejía... que vi á llamá á Don Juan!!!

Pues antes de que ustedes llamen á Don Juan para que castigue estas digresiones, vuelvo á lo mío.

UNIVERSIDAD DE Toluca LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MEXICO, MONTERREY, MEXICO

33743

LOS PRIMEROS PASOS

## II

«Gallito» y Rubén Darío.—La primera corrida.—Señor Fernando, profeta.—El Fleury, el Epítome y los cuernos.—Ricardo Torres en la conejera.—El aire de familia.—La placita de Gelves.—Escuela de tauromaquia.—«Estornina».—La vaca, la cocinera y la cena.—Artistas y negociantes.

Quedamos en que el *Gallo* nació torero.

Como el Poeta, no el mozo de estoques de *Bienvenida*, sino el otro, nace tal, según nos enseñaron en la clase de Retórica. Y no se me asuste nadie de la comparación, porque es más exacta que un cronómetro de los buenos.

*Gallito*, con permiso de ustedes, es el Rubén Darío del toreo. Como el ilustre hijo de

... el nicaragüense  
sol de encendidos oros,

Rafael se eleva unas veces á las altas y poco accesibles cumbres de la sublimidad, y cae otras en las profundas simas de lo feo; como Rubén Darío, ha inventado nuevas formas, metros nuevos, que al pronto han repelido los espíritus vulgares, pero que luego

se han impuesto con toda la soberanía de su poder de belleza.

*Gallito* nació torero. No tuvo la revelación de su destino así de pronto é inesperadamente, estando comiendo melocotones, descifrando charadas ó esperando turno en casa del dentista. El se trajo, al nacer, su credencial, y nunca pensó en tener otro empleo que ese que venía á desempeñar.

Rafael hizo su primera escapatoria á los cuatro años, para ir á torear con otros chavales de su edad en la plaza... de Matute, de esta corte, donde á la sazón tenían su domicilio sus padres. Para estar más en carácter y que nadie le disputase el puesto de primer espada, el chiquillo se puso un chaleco de luces de su papá. Colocadas así las cosas, para que las de este torero sucediesen como cuentan las historias que han sucedido las de todos los toreros en estado de canuto, cuando Rafael estaba más entusiasmado tirando largas inverosímiles y dando lances absurdos, ¡zas!, su señor padre... que lo cogió en brazos, se lió con él á besos y se lo subió orgulloso á su madre, á quien se lo presentó con estas proféticas palabras:

—Aquí te traigo un torerazo.

Desconozco el detalle de las demás corridas toreadas por Rafael en aquella época, y sólo tengo vagas referencias, que no me he cuidado de comprobar, de algunas salidas á las plazas de Antón Martín, Santa Ana y del Angel.

Cuando Rafael tenía seis años instaláronse sus padres en la huerta de Gelves. Entonces empezó el chico sus estudios. Los literarios, porque los otros ya los había él emprendido, como acabamos de saber, de su montu de propios, que dice *Blanquito* cuando quiere hablar en fino. Por la mañana y por la tarde aprendía Rafael á leer y hacía palotes en

la escuela, y al mediodía y al atardecer jugaba al toro con sus correligionarios.

Más adelante le puso su padre interno en el colegio de San Lorenzo, de Sevilla, y él siguió aplicándose á las dos ciencias, la de las letras y la de los cuernos, pero mostrando mayor afición á ésta, que practicaba, en el seminario, á las horas de recreo, y en su casa, durante las vacaciones, en un lugar, ya desaparecido, que tiene su importancia para la historia del toreo actual: una conejera.

No os riáis. En esa conejera fueron gazapos algunos de los que luego han salido piezas mayores de la torería. Allí, ante el asombro de los conejos, de quienes no consta que se entusiasmaran ni tanto así, los muy imbéciles, con el toreo de conejera de tanto pichón de torero como acudía á aquel local, estudiaron Ricardo *Bombita*, el desgraciado Montes, *Cigarrón*, *Chicuelo*, *Vela*, *Mirandita*, *Revertito* y otros varios.

A los nueve años se examinó Rafael «de ingreso», toreando por primera vez una becerra en un tentadero de Pérez de la Concha, á presencia del *Gallo*, padre, y de Machío. La becerra le cogió, y Rafaelito estuvo bastante miédoso. Y decía luego su padre:

—¡Lo que se parece á mí este chico!

A pesar de los revolcones y del miedo de aquella tarde, Rafael siguió mostrando cada vez más afición al toreo y dándose tono, entre sus cofrades de colegio, de torero placeado, y, poco á poco, la becerrita de Pérez de la Concha fué creciendo, creciendo en las conversaciones de los colegiales, hasta convertirse en una catedral, con la que no se había atrevido nadie y solo el hijo del *Gallo* se lanzó á torearla. El prestigio de Rafael entre los escolares de

San Lorenzo llegó á ser mayor que el del jefe de los municipales entre los vendedores del mercado.

Próximo á cumplir Rafael trece años, celebró su padre capitulo con él y con su hermano Fernando.

—¿Ustedes qué queréis ser?

—¡Torero!—contestaron al alimón los dos hermanos.

—Bueno, pues para que no tengáis ustedes que ir de pueblo en pueblo pasando fatigas, os voy á hacer una placita aquí en Gelves, y veremos si servís ó no; y si no os dáis maña, estaréis ustedes á tiempo de dedicarse á otra cosa.

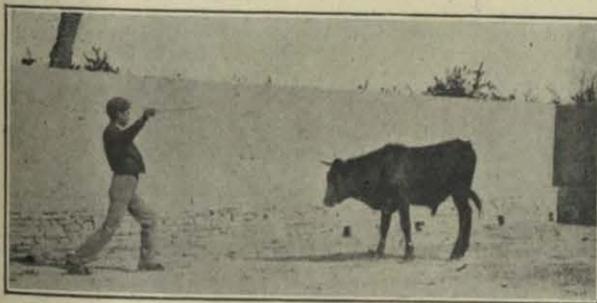
La plaza se construyó en el mismo sitio que ocupaba la conejera, y allí siguieron practicando, ahora con becerros y de vez en cuando con otras piezas mayores que cazaban por las cercanías, casi todos los antes nombrados. Allí dió también sus primeros pasos de torero, cuando comenzó á andar, Joselito Gómez, que se firma ahora *Gallito IV*.

Rafael vió torear dos veces á su padre en esta plaza, la una un becerro y la otra una famosa vaca, *Estornina*, que cogió á *Revertito*, *Chicuelo*, Rafael, Montes, *Mirandita* y *Vela*. No había más. Entonces el *Gallo* padre quiso enseñar á aquellos chicos algo de lo mucho que él sabía, y en babuchas y enfermo de la enfermedad que había de matarle, puso cátedra de toreo, é hizo de la vaca profesora lo que le dió la gana. Aquella noche, y para repasar la lección que habían aprendido por la tarde, consiguieron los demonios de los chicos capturar y encaminar á la huerta de Gelves, Dios sabe por qué medios, una vaca más toreada que la *Estornina*; pero equivocaron el camino y fueron á encerrarla en la cocina, donde la madre del *Morenito*, el banderillero que fué de *Guerrita*, estaba disponiendo la cena. Y, claro es, aquella noche no se cenó caliente en

## EN LA PLACITA DE GELVES



El "Gallo", padre, viendo estudiar el abecedario á su hijo Joseito (*Gallito IV*).  
Fernando Gómez hace de toro



Rafael toreado un becerro de Pérez de la Concha



Las primeras lecciones

Gelves, aunque Rafael y su hermano Fernando se fueron á la cama bien recalentados.

Así, poco á poco, se fué haciendo torero el que torero nació.

Desde que fué cosa decidida que Rafael cursara los estudios tauromáquicos por enseñanza libre en la academia de Gelves, su padre le llevaba á examinarse á todos los tentaderos, y fué el chico aprobando todas las asignaturas de la segunda enseñanza ante diversos tribunales de distintas clases y hechuras, desde el bonachón de Muruve hasta el serio y exigente de Pablo Romero.

Y como los buenos estudiantes, fué precisamente ante el tribunal más difícil donde alcanzó la mejor nota.

En 1897, pocos meses antes de morir su padre, fueron ambos al tentadero de Pablo Romero.

—A ver cómo te portas—le había dicho el viejo.

—Usted verá como le dejo bueno—contestó el chaval.

Así fué. Rafaelillo, que únicamente había visto torear á su padre una corrida en Játiba y otra en Valverde del Camino, y que, aparte muchos consejos y «muchos chillios» en los tentaderos, sólo recibiera de aquel gran torero dos lecciones prácticas en la placita de Gelves, quiso demostrar cuánto habían servido á sus naturales disposiciones las enseñanzas de su profesor, y toreó en aquella ocasión como toreaba su padre en sus buenas tardes y como luego había de torear él cuando quisiera dárnoslas.

Fernando, que sobre el orgullo del padre que sólo busca en la exhibición de las habilidades de su hijo la satisfacción de una explicable vanidad, había puesto en las palabras que dirigió á su hijo camino del tentadero el deseo, el ansia mejor, de quien se siente morir sin dejar á los suyos bienes ni rentas, de

saber que aquellas habilidades pueden suplir esta falta, siguió anhelante las evoluciones del muchacho, y, contra su costumbre en estos casos, ni le dió voces ni le dijo nada al concluir; pero cuando llegó a su casa, cogió las manos á su mujer, se las apretó fuertemente y, emocionado, la dijo:

—«Gabriela, ya me muero tranquilo porque te dejo un torero que mientras pueda tener un capote de seda en la mano no os faltará que comer.»

El pobre Fernando, el *Gallo*, pertenecía á la raza antigua, y casi desaparecida, de los toreros que practicaban el arte por el arte y únicamente le pedían aplausos y victorias. El dinero era para ellos lo secundario, y sólo les servía para continuar la alegría de una tarde de triunfo. Un torero era entonces un bohemio que ponía en peligro su vida á cambio de unos aplausos; la paga era un accidente despreciable; lo principal era el éxito, los gritos, los aplausos, los olés, las aclamaciones de una multitud frenética.

*¡Clarines! ¡Laureles!*

Desde que el arte dejó de ser gloria, para transformarse en mina ó mostrador, dejó también de ser arte, y para transigir con los gustos de la multitud, tan difícil á las innovaciones y refractaria á los rasgos geniales, que no se aprecian bien sino á distancia, tuvo que borrar de sus cánones aquel tan sabio de la despreocupación, que ha impreso á tantas obras el sello de la sublimidad, que no pueden tener cuando se pinta, se escribe ó se compone, y permitaseme añadir se torea, para Pérez banquero, camisero, señorito ó panadero.

Libreme Dios de censurar á ningún artista por pedirle á su arte una riqueza á que tiene legítimo

derecho; creo, por el contrario, que debe hacerlo, mas sin abdicar, sin transformarse de artista en negociante, porque el arte negocio no es arte.

¿Ni cómo va á serlo, si antes que á la única, avasalladora, despótica preocupación de la obra que debe apoderarse con garra poderosa de todas las facultades del artista, tiene éste que atender á aquellos cuidados del reclamo, que tanto ocupan, y á los otros menesteres del otro arte complementario de agradar, que, si distraen el mayor tiempo, son, en cambio, los mejores auxiliares de la obra, que será menos buena, pero que es hecha para más amigos y produce más?

Que es á lo que estamos.

Pero «volvamos en sí», que decía el inolvidable *Sentimientos*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
-4- 1925 MONTERREY, MEXICO